NO ME ACUERDO,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, EN PROSA,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.

ADELA.	DON BLAS.
JULIANA, criada.	PABLO.
DON ROSENDO.	MANOLO, postillon.

La accion pasa en Madrid.

ACTO ÚNICO.

Despacho de D. Rosendo.—Mesa de despacho con tintero, plumas, papel y algunos legajos. Puerta al foro y laterales.—Al lado de la puerta del fondo, una arca-fuerte con candado.

ESCENA PRIMERA.

JULIANA, limpiando una levita.

Ay! ya me he vuelto á pinchar. Pues no ha tomao el amo mala costumbre; toda su ropa está llena de agujas y alfileres. (Pone la levita sobre una silla y recoge un papelito que se cae de uno de los bolsillos de aquella.) Otra mania! escribir lo qüe tiene que hacer en papelitos, los cuales barro yo por la mañanas. Qué dirá este? (Leyendo.) c... i-ci, g... ü-gü-eña, cigüeña; no está él mala cigüeña. ¡Hombre más extravagante! (Tira el papel al forillo.)

ADELA. (Dentro.) Juliana.

JULIANA. (Dirigiéndose á la izquierda.) Allá voy, señorita.

ROS. (Dentro.) Juliana.

JULIANA. (Dirigiéndose á la derecha.) Allá voy, señorito.

ESCENA II.

JULIANA, PABLO.

PABLO. (Desde el forillo.) Juliana.

JULIANA. (Ya no voy á nengun lao.)

PABLO. (Entrando.) Y mi prima?

JULIANA. En su cuarto.

PABLO. Le entregaste la carta que te dí para ella esta mañana?

JULIANA. La puse en el canastillo de la costura.

PABLO. Muy mal hecho.

JULIANA. Como me llamó el amo... y ademas, anda una tan desazoná! Figúrese usté que hace ocho dias que no ha pisao Manolo estos umbrales.

PABLO. Sí... ya sé, tu novio... un zagal del correo de Cuenca.

JULIANA. Un andaluz con más sal que la que expenden en el alfolí; pero más tronera y más falso! En fin, estoy que se me puede ahogar con un cabello. Pues hablando de too un poco, su tio de usted tiene un genio que no se le puede aguantar.

PABLO. Es extraño.

JULIANA. Bonitas cosas dice de usted.

PABLO. Cómo! desaprueba ahora mis relaciones con su hija!

JULIANA. Yo no puedo decir á usted lo que pasa, pero estoy muy harta de servir en esta casa, y en cuanto diga Manolo dos palabras, ya estoy mudando de domecilio. El amo no se acuerda de ná, todo lo revuelve en su cabeza, y luego la señorita y yo pagamos sus equivocaciones.

PABLO. De sobra le conozco, y solo á algun error atribuyo su enojo contra mí; si así no fuera, Adela y yo contamos contigo.

JULIANA. Jesus! hasta la acera enfrente, pues si yo en tratándose de amores soy más liberal que Riego.

PABLO. Voy á esperar en la biblioteca que se marche mi tio. (Entra por la segunda puerta lateral izquierda.)

ESCENA III.

JULIANA, MANOLO.

MAN. Dios guarde á ozté, señá Juliana.

JULIANA. Manolo...

MAN. Quita allá, y sigue platicando con el señorito on Pablo, veleta!

JULIANA. Vaya un recibimiento, despues de haber llorao por tí más agua que hay en el Manzanares.

MAN. Por eso estan tan regás las calles. Mucha aflicion has tenio tú por lo que má sucedio.

JULIANA. Cómo! pues si no sé ná, Manolo.

MAN. Á otro con esa, que yo bien te escrito una carta ende Cuenca, dicéndote como la coronela mavia pegao dos abanicasos sarvo la parte, (Indicando la rabadilla.) y como tenia perturbá toa la canícula derecha.

JULIANA. Dios mio, y yo aquí pensando mal de tí.

MAN. Me pusieron muchas desanguijuelas, muchas desanguijuelas, y ya estoy tan güeno, mejorando lo presente.

JULIANA. Cuánto me alegro.

MAN. Más malegro yo; pero como te guerva á encontrar hablando con el señorito on Pablo se junde la casa.

JULIANA. Calla, celoso, que el señorito solo piensa en mi arna.

MAN. Pues cuidiao con Manclo, porque al sobrino y al tio los pongo yo lo mesmo cun tarro é confitura.

JULIANA. Cállate por Dios, que puede oirte el amo.

MAN. Que me oiga; así como así tengo ganas de dicirle cuatro frescas. Conque agur, malegro de verte sin noveá; voy á echar una *lamparilla* con el delantero y guervo.

ESCENA IV.

JULIANA y D. ROSENDO.

JULIANA. No sé cómo puedo querer tanto á esta guindilla. (Don

Rosendo sale en mangas de camisa y con sombrero de copa alta.)

ROS. (Muy pensativo.) Juliana... te he llamado yo?

JULIANA. No me acuerdo, señor.

ROS. Ni yo tampoco.

JULIANA. Quiere usted almorzar?

ROS. Ya almorcé anoche.

JULIANA. Anoche? Lo que tomó usted anoche fué la cena.

ROS. No me acuerdo. Yo queria decirte dos cosas importantes.

JULIANA. Dos cosas?

ROS. No me acuerdo, vamos.

JULIANA. Quiere usted *La Correspondencia*?

ROS. No.

JULIANA. Tiene usted que enviar alguna carta?

ROS. No.

JULIANA. Pues qué podrá ser ello?

ROS. No me acuerdo.

JULIANA. (La muletilla de siempre.)

ROS. Ah!

JULIANA. (Por fin.)

ROS. En dónde has metido mi sombrero, que no puedo dar con él?

JULIANA. Jesus! señor, si lo tiene usted puesto.

ROS. Puesto, en dónde?

JULIANA. En la cabeza.

ROS. (Á media voz.) Yo no tengo cabeza. (Tocando el sombrero.) Ah! sí, gracias; no tiene nada de extraño que te haya hecho esta pregunta, porque no me acuerdo de nada... Ah, tambien recuerdo ahora que tengo que hablarte de una cosa muy grave.

JULIANA. Muy grave, señor? se ha puesto mala mi madre?

ROS. Me parece que no.

JULIANA. Mi tio Venancio?

ROS. No creo que nadie me haya escrito eso.

JULIANA. Quiere casarse conmigo el mancebo de la drogueria de enfrente?

Ros. Podrá ser, pero á mí no me lo ha dicho, y ademas... se murió hace un año.

Juliana. El que se murió fué el amo de la tienda.

Ros. Es verdad.

Juliana. Pues entónces, no sé qué pueda usted tener que decirme.

Ros. Ni yo tampoco.

Juliana. Jesus! qué trabajo!

Ros. No lo comprendes tú muy bien. Ah! ya sé, ya sé.— Alégrate, Juliana; tengo que reñirte muchísimo.

Juliana. Pues ni que me fuera usted á dar alguna media onza.

Ros. En vano trato de recordar dónde y de qué manera he sorprendido tu infame secreto.

Juliana. Señor, por Dios, que tiene usted hoy la cabeza á pájaros.

Ros. He descubierto una intriga tenebrosa, urdida por tí, y en la cual, como es natural, ocupas un gran puesto.

Juliana. Qué intriga ni qué ocho cuartos! (Este buen señor está chocheando.)

Ros. Tu conducta ha sido abominable.

Juliana. Pero por qué? hable usted, vamos á ver; casualmente tengo el genio como una pimienta, y ya estoy deseando de estallar.

Ros. No puedo contestarte en este momento; pero tengo guardadas las pruebas de tu iniquidad, y en cuanto parezcan te confundiré con ellas.

Juliana. Oiga usted, señor don Rosendo, á mí no me confunde nadie, porque tengo la conciencia más limpia que los chorros del oro, y si se me va la lengua...

Ros. *Vade retro,* fregatriz. Ocúpate de tus quehaceres y no me trastornes más, que hoy estoy Dios sabe cómo.

Juliana. Pues yo tengo la entiligencia muy reteclara, y quiero que me diga usted inmediatamente...

Ros. Ni una palabra más.—Fuera de aqui.

Juliana. (Hay que dejarle por loco, vamos.)

ESCENA V.

D. ROSENDO.

Toda mi fortuna daria por encontrar un hombre que me devolviera la memoria. Obligado á poner una señal distinta para cada cosa que tengo que hacer, y siempre confundido entre estas señales, que dan un resultado diferente del que me propongo, paso á los ojos de la sociedad, ya por un idiota, ya por un loco ó por un bribon. Dios mio! qué desgraciado soy! (Se deja caer llorando sobre una silla; pero no bien se ha sentado, lanza un grito y se levanta.) Ay! qué diablos me he clavado yo en el coxis! ah! ya sé, el cortaplumas; lo puse sobre esta silla para acordarme que tenia que cortarme el pelo. Pues, señor, recordemos todo lo que he de hacer esta mañana. Primero: llevar dos libras de albaricoques de Toledo á mi hermana; no me acuerdo si me ha pedido albaricoques ó dulce de guayaba. (Recordando.) Bah! mejor es la fruta natural que la marmelada. (Entra en su cuarto y saca una cestita que coloca sobre una silla.) Teniéndolos á la vista no los olvidaré. He quedado en llevar fondos á mi agente para que compre la casa de la calle de Tudescos. El negocio está todavia prendido con alfileres. (Recordando.) Buen tema para que no se me olvide. Prendido con alfileres; me prenderé yo un papelito en la solapa de la levita. (Se prende un papelito en una de las tablas de la pechera de la camisa.) De fijo que no lo olvido así. (Se pone distraidamente la levita y se la abrocha.) Tambien tengo que llevar á mi amigo Blas el dinero que me ha dejado en depósito. Esta mañana ha debido volver de Navalcarnero, y querrá tenerlo á mano para atender á los pagos de la sociedad en que está empleado. Esto es lo más importante, porque si se me olvidara podria colocarle en un grave compromiso. Qué señal pondré yo? Ah! ya sé. (Saca un cordel de la mesa de despacho, y le ata á pie y medio de altura á través de la puerta de

fondo.) Salgo como si tal cosa, se me enredan los pies, caigo, me aplasto las narices, y digo: «El dinero de don Blas.»—La consecuencia es lógica.—¿Qué más tengo que hacer? Enviar el recibo de inquilinato á don Andrés Macarron; hace dos meses que el pobre hombre pagó un trimestre adelantado y estará esperando... Á ver este recibo.—Aquí debe de estar. (Abre un legajo. Leyendo un papel que saca del legajo.) «Calcetines, tres pares; fundas de miriñaques, dos.» Qué demonios tendrán que ver los miriñaques con los alquileres de don Andrés Macarron! Esto es lo que me vuelve loco. De fijo que la lavandera ha dejado aquí su cuenta y se ha llevado el recibo de inquilinato.—Voy á preguntarlo. (Guarda el papel en la mano.) Juraria que habia visto mi levita sobre una silla.—Pues no está.—Vamos á buscarla. (Entra en su cuarto.)

ESCENA VI.

PABLO, despues ADELA.

PABLO. (Saliendo de la biblioteca.) Todos los dias sale mi tio temprano, y hoy que espero con ansia que se marche, no tiene el proyecto de moverse.

ADELA. Pablo.

PABLO. Prima mia, qué tienes? has llorado?

ADELA. Cómo no, si papá está furioso contra tí.

PABLO. Eso me ha dicho Juliana, sin que hasta ahora haya podido adivinar la causa. Por qué crees tú que será?

ADELA. Y me lo preguntas, ingrato! Afortunadamente papá no me lo ha revelado todo aun; pero sus frases entrecortadas, su oposicion inesperada á nuestro enlace, todo me indica que has dejado de amarme.

PABLO. Dejar de amar á quien es mi vida?

AEDLA. No me engañas, no; papá habrá sorprendido alguna intriga tuya.

PABLO. Que me acuse delante de tí, y verás con cuánta facilidad te pruebo mi inocencia.

ADELA. No quiero que me pruebes nada; el corazon me dice que me engañas.

PABLO. Oh! no te alejes así, Adela; espera que me vindique; de hinojos te lo pido. (*Se arrodilla. En este momento aparece D. Rosendo, siempre con la lista de la lavandera en la mano.*)

ESCENA VII.

DICHOS, D. ROSENDO.

ROS. Qué veo! á los pies de mi hija. Ah! ya comprendo, ha tropezado con la cuerda que he puesto en la puerta. Me alegro, eso te enseñará á ser más comedido en tus movimientos.

PABLO. Quisiera saber, querido tio, qué es lo que le mueve á usted á indisponerme con mi prima, haciéndola creer que he faltado á mis promesas?

ROS. Ah! es verdad. Eres un loco.

ADELA. Ya lo oyes.

ROS. Diré más; eres un títere.

PABLO. Tio, esa palabra...

ROS. Es dura, pero gráfica. Tú, mi sobrino predilecto, mi futuro yerno, mi mejor amigo; tú has entrado en relaciones con una mujer de baja estofa.

PABLO. Jamás.

ADELA. Qué horror!

ROS. Aflígete, hija mia; yo tambien me afligiré cuando me acuerde.

PABLO. Aquí no se trata de que se aflijan ustedes por faltas que no he cometido, sino de que den pruebas.

ROS. Las tengo guardadas no sé en dónde.

PABLO. Pero diga usted siquiera el nombre de esa mujer á quien no conozco.

ADELA. Eso es, papá, diga usted su nombre.

ROS. Lo tengo en la punta de la lengua... pero no me acuerdo.

PABLO. Se llama, Sotera, Blasa, Celedonia, Pepa, Felipa?...

ADELA. Antonia, Juana, Francisca?...

ROS. No me acuerdo, vamos.

PABLO. Pues es necesario que se acuerde usted, porque quiero justificarme al momento.

ROS. Todo es en vano, cuando no me acuerdo de una cosa. Ah!!!

PABLO. Por fin sabe usted cómo se llama?...

ROS. (Mirando el papel que tiene en la mano.) Don Andrés Macarron.

PABLO. Que yo amo á don Andrés Macarron!!!

ROS. No es eso, sino que tienes que llevarle inmediatamente este recibo de inquilinato. (Mete la lista de la lavandera dentro de un sobre.)

PABLO. Por Dios, tio, en estos momentos...

ADELA. Cuando estoy muerta de pena.

PABLO. Explique usted antes...

ROS. Ea! se acabó, ó llevas el recibo ó te cierro para siempre las puertas de mi casa.

PABLO. Pero...

ROS. Ni una palabra más, que no tengo yo la cabeza para bromas. (Pablo salta por encima de la cuerda.)

ESCENA VIII.

D. ROSENDO y ADELA.

ADELA. Nos engañaba. Ay! padre mio! cuán desgraciada soy!

ROS. Llora sobre el pecho de tu padre, hija desventurada!

ADELA. (Oculta su rostro en el pecho de D. Rosendo.—Retirándose con viveza.) Ay!!

ROS. Qué es eso?

ADELA. Que me he clavado un alfiler en las narices.

ROS. Ah! ya sé; lo he puesto ahí para acordarme que hoy quiero comer ensalada de berros.

ESCENA IX.

DICHOS y D. BLÁS.

BLAS. (Fuera.) Rosendo, Rosendo! (Entra corriendo, tropieza en la

cuerda y cae en medio del escenario) ROS... Ay!

ROS. Blás de mi alma! (Ayudándole á levantarse.)

ADELA. Se ha hecho usted mucho daño?

BLAS. No es cosa; solo me he desollado las rodillas y una mano.

ROS. Pues mira lo que son las cosas, precisamente habia colocado esa cuerda para tí.

BLAS. Cómo para mí, ¡verdugo!

ROS. Quiero decir, para acordarme de tí.

BLAS. Pues si ese es el modo que tienes de acordarte de los amigos, más vale que los olvides. ¡Caspitina, y cómo me escuecen las rodillas!

ADELA. Voy á buscar árnica.

BLAS. Mil gracias; puede usted ocuparse de sus quehaceres; esto se pasará, y ademas tengo mucha prisa. (Adela se marcha.)

ESCENA X.

D. ROSENDO y D. BLÁS.

ROS. Pues hombre, siento tanto el porrazo... (Quitando la cuerda.)

BLAS. Más lo siento yo. Estoy rendido. (Se sienta sobre una silla y pega un salto.) Ay! qué diablos me he clavado yo!

ROS. Ah! ya sé; un espolin que he dejado ahí para acordarme que hay que herrar el caballo.

BLAS. Pues bonito sitio para dejar espolines (Se sienta en frente sobre otra silla; el mismo juego.) Ay! otra señal.

ROS. En efecto.

BLAS. Pues esta me ha llegado á lo vivo. ¡Caspitina, qué dolor!

ROS. Lo creo, porque te has incado un pedazo de aguja de hacer media que puse ahí para acordarme que comprasen mero; ya sabes aquello

«de la tierra el carnero
y de la mar el mero.»

BLAS. Pues chico, francamente; es preferible tomar por asal-

to un campamento enemigo á penetrar en tu casa. Todo está lleno de trampas y de máquinas de guerra.

ROS. No eres tú poco delicado!

BLAS. No eres tú poco fuerte. ¡Caspitina! Crees que estoy acorazado como las fragatas de la armada?

ROS. Dejemos esas pequeñeces, y dime cómo has encontrado á tu familia en Navalcarnero?

BLAS. Porque he dispuesto que viva en ese pueblo.

ROS. Quiero decir que cómo está tu familia?

BLAS. Perfectamente. El chiquitin ha echado dos colmillos del tamaño de dos rabanitos.

ROS. Hombre! comerá bien?

BLAS. Como un sabañon. Ni las manzanas más frescas pueden compararse á sus mejillas.

ROS. Rabanillos... manzanas, parecerá una cesta de frutas.

BLAS. Poco ménos. (Mirando su reloj.) Las once y media.—Ay! Dios mio, y yo aquí con tanta calma. Dame el dinero que te dejé antes de ayer para que pueda ir á mi oficina.

ROS. Es verdad... lo tengo en mi caja, y voy... (Recordemos con qué palabra tengo que abrir el candado.—Ah! ya sé; conejo. (Tratando de abrir inútilmente.) Pues no es conejo; [redacted] acaso... tampoco.—¡Dios mio! qué apuro! he olvidado el nombre del animal... porque era un animal, no me cabe la menor duda.)

BLAS. (Paseando.) No abres, Rosendo?

ROS. (Tratando siempre de abrir.) Hombre, me estaba acordando de tu chiquitin. (Ganemos tiempo, á ver si entre tanto me acuerdo.)

BLAS. Oh! es una alhaja.

ROS. (Distraido y levantándose.) Una alhaja no, es un animal.

BLAS. Cómo que mi hijo es un animal?

ROS. Dispénsame, pensaba en otra cosa. (Si será una ave?) (Se precipita de nuevo de rodillas delante de la caja y trata inútilmente de abrir entre tanto que dice.) Paloma, codorniz, avutarda... Nada, yo sudo. (Levantándose de nuevo.) Vaya á la oficina?

BLAS. Hombre, por Dios! á su edad!

ROS. (Qué apuro!) Empleados tan jóvenes hay!...

BLAS. Pero ninguno de veintidos meses!

ROS. (De pronto.) Lo qne te he dicho; es un cuadrúpedo. (El mismo juego de antes.)

BLAS. Haces el favor dé explicarme quién es el cuadrúpedo, y el animal y el ave, porque yo no comprendo ni una palabra.

ROS. (Sin oirle.) Podenco, pantera, unicornio...

BLAS. Dale con los bichos, estás estudiando una leccion de zoologia?

ROS. Ojalá! (Limpiándose el sudor.)

BLAS. Pues sácame el dinero, ya te he dicho que tengo mucha prisa, tal vez haya letras que pagar en la oficina.

ROS. (Dejándose caer sobre una silla.) Me es imposible.

BLAS. Qué dices, Rosendo, amigo mio, estás pálido; ha sucedido alguna desgracia, te han robado durante mi ausencia? Sácame de esta ansiedad mortal.

ROS. Tu dinero esta ahí; pero he olvidado la palabra conque he cerrado la caja.

BLAS. Y quién no la escribe, santo varon!

ROS. Ah! qué rayo de luz! (Registrándose con viveza.) Nada, se ha perdido tambien.

BLAS. Truenos y relámpagos! qué va á pensar de mí el director de la sociedad? Corro á mi casa en busca de los escasos fondos que tengo reservados para mi uso particular, con ellos atenderé á los primeros pagos, registra entre tanto tus bolsillos, tus papeles, tu casa entera.—Piensa que una sospecha sobre mi honradez puede costarme el destino.—Busca, Rosendo, busca. (Se marcha corriendo.)

ESCENA XI.

D. ROSENDO, despues JULIANA.

ROS. Deshonrado, sin destino por mi causa!... Y lo peor es que esta maldita caja es de hierro, y que no hay medio

de hacerla pedazos.—Vamos, merecia que me arrojasen al rio con una bala atada al cuello.—Pues no hay remedio, es necesario que dé con la palabra cueste lo que cueste.

JULIANA. Llamaba usted, señor?

ROS. No, me ocupaba de un animal, de un cuadrúpedo.

JULIANA. Si lo dice usted por mí...

ROS. Eres tú cuadrúpedo, mujer?

JULIANA. No señor, que soy de Marchamalo.

ROS. No he visto estupidez igual.

JULIANA. Ni yo génio más ágrio que el de usted.

ROS. Lo que es á respondona no te iguala nadie.

JULIANA. Basta que usted lo diga.

ROS. (Pensando.) (Qué idea tan luminosa! esta muchacha tiene el génio violento, y si la irrito, tal vez sin querer dé con el nombre del animal que busco.—Manos á la obra—irritémosla.) (Pasando al lado de Juliana y poniéndose el sombrero de medio lado.) Pues estamos frescos con la tal criadita.—Me tiene usted muy harto, señora doña Juliana.

JULIANA. Pues tome usted té, señor don Rosendo, ó ajústeme usted la cuenta y busque otra criada.

ROS. No habrá otro remedio.

JULIANA. Así como así, no parará denguna ni cuatro dias en su casa de usted.

ROS. Y sin embargo, ninguna será tan fisgona como tú. (Rompo el fuego.)

JULIANA. Yo fisgona!!

ROS. Ni tan gulusmera.

JULIANA. Vaya! vaya! ajústeme usted la cuenta.

ROS. Ni tan manirota.

JULIANA. Como llegue á soltar la lengua!...

ROS. Ni tan puerca.

JULIANA. Miste que voy á perder los estribos.

ROS. Pues piérdelos, mujer, piérdelos, eso es lo que yo quiero.

ESCENA XII.

DICHOS, MANOLO aparece en el forillo y escucha.

MANOLO. (Qué es esto!)

JULIANA. Por fuerza está usted... (Indicando la frente.) Me comprende usted.

ROS. Eso de empinar el codo se queda para tí, y en prueba de ello que estás ahora como un cangrejo cocido.

JULIANA. Usted parece un troncho de acelga, ea!

ROS. Puedes hablar, sabandija.

JULIANA. Quite usté allá, culebron.

MANOLO. (Entrando.) Grandísima paliquetera, qué libertaes ta dao tu amo pa que le llames culebron.

JULIANA. Defiéndeme tú.

MANOLO. Arre allá, falsa.

ROS. (Frotándose las manos.) (Voy á insultar al novio tambien, y entre todos tal vez demos con la palabra que busco.) Haces bien en concluir con esa muchacha, porque es una sanguijuela.

JULIANA. Oyes eso?

MANOLO. Y á usté quién le da licencia pá ponela motes, viejo esgalichao?

ROS. Refrena la lengua, postillon enclenque.

JULIANA. Mire usted quien habla.

ROS. Yo no parezco un tapon de botella como tu novio.

MANOLO. Jesú! ponte por medio, Juliana, que me lo voy á comé.

ROS. No te temo, vil gusarapo.

MANOLO. Cataplasma.

JULIANA. Cornucopia.

ROS. (Y no dan con el animal!)

JULIANA. Vámonos para no ver más este costipao mal curao.

ROS. Sí, sí, marchaos, que ya os estan aguardando en la casa de fieras.

MONOLO. Allí debieran de encerrarle á osté, sartamonte.

ROS. Á dos cuartos pagaran por veros.

JULIANA. Y á cuatro por echarle á usted castañas en la jaula de

los micos.

ROS. Fuera de aquí, langostino.

MANOLO. Lagarto.

JULIANA. Calandria frita.

ROS. (Casi llorando.) (No es calandria frita y se trata del honor de una familia, Dios mio!) ¡Jesus! qué par de cotorras!

JULIANA. Sarampion!

MAN. Cólico serrao!

ROS. (Cogiendo libros de la mesa y tirando alternativamente á uno y otro.) Toma, extornino; toma, sardina en lata.

MAN. (Tirando cuanto encuentra á D. Rosendo.) Pues toma tú, chicharra disecá.

JULIANA. Que se matan.

ROS. (Id.) Vuelve por otra, barril de escabeche.

MAN. (Id.) Pos chúpate esa, sigüeña. (Esforzando la voz.)

ROS. (En el colmo de la alegria.) Cigüeña! cigüeña! esa, esa es la palabra que yo buscaba. Cigüeña!! me has devuelto la vida, jóven postillon de Cuenca.

MAN. (Vamos, está guillao.)

ROS. Da de almorzar á tu novio. Manda que le suban bistek, té, café, queso de bola, salchichon, todo lo que quiera.

JULIANA. Pero habla usted de veras, señor?

ROS. Sí, mujer, sí; os perdono cuanto me habeis dicho por haber pronunciado la palabra cigüeña.

MAN. Por haber prenunciao la palarba sigüeña? (Á Juliana, que se marcha con él.) (Lo dicho, antes de quinse dias lo truncan por la sintura y lo meten en chirona.)

ESCENA XIII.

D. ROSENDO, abriendo la caja.

Ci-gü-e-ña; se abre perfectamente. Ay! por fin respiro, aquí estan los billetes que me dejó Blas. (Saca un paquete de billetes y se los pone debajo del brazo.) Eh? qué es esto? El canastillo de la costura? Cosa más rara; para

qué habré yo metido este canastillo con el dinero? Se levanta y medita.) Ah! ya sé; dentro de él habia dos cartas, una de ellas escrita y dirigida por mi sobrino á la criada. Á la criada!! Oh! vergüenza, este recuerdo me trastorna de nuevo, me confunde, me desespera. (Mete de nuevo sin saber lo que hace los billetes dentro de la caja, luego toma la cesta de los albaricoques y la guarda tambien dentro de la caja diciendo:) Guardemos los billetes aquí, no sea que se pierdan.

ESCENA XIV.

DICHOS, PABLO, que trae un papel en la mano.

PABLO. Tio.

ROS. Por fin he recordado tu crímen.

PABLO. Me ha puesto usted en ridículo.

ROS. Y tú á mi hija en berlina.

PABLO. Digo á don Andrés Macarron que le llevo el recibo de inquilinato, recibo que está esperando hace dos meses; abre la carta que le entrego y se encuentra conque es la lista de la ropa sucia. Mírelo usted. (Leyendo.) «Calcetines, tres pares.»

ROS. (Leyendo.) «Fundas de miriñaque, dos.» Una distraccion cualquiera la tiene, y sobre todo no es esto lo que me preocupa, sino tus relaciones con la criada.

PABLO. Ave Maria Purísima! Usted está delirando.

ROS. Adela, Adela? (Llamando.)

PABLO. Qué hace usted, tío?—Se atreverá usted á decirle...

ROS. Adela?

ESCENA XV.

DICHOS, ADELA.

ADELA. Qué quiere usted, papá?

PABLO. Te ruego que no creas...

ROS. Sí, hija mia, cree á tu padre que no se engaña nunca. Este jóven, en quien habia depositado mi confiánza, está

en relaciones con la criada.

ADELA. Oh! qué infamia!

PABLO. Pero si te digo que es falso, completamente falso.

ROS. Figúrate que he sorprendido esta mañana una carta en que la dice que quiere casarse con ella para las primeras yerbas de marzo.

PABLO. Jesus! qué desatino!

ADELA. ¡Y para las primeras yerbas! (Sollozando.)

PABLO. Pero señor, enseñe usted esa condenada prueba y no nos vuelva usted locos.

ROS. (Saca el cesto de albaricoques y cierra con violencia el arca.) Ahora me es completamente imposible. (Indicando la cesta que tiene debajo del brazo.) Tengo que llevar estos billetes á mi agente, pero en cuanto vuelva te confundiré.

ESCENA XVI.

ADELA, PABLO, despues JULIANA.

PABLO. No llores, prima mia. Calumnia ridícula es cuanto has oido, y dispuesto estoy á probarlo al momento. (Llamando.) Juliana, Juliana.

JULIANA. Qué manda usted, señorito?

PABLO. Dí si te he hablado yo de amor alguna vez.

JULIANA. Á mí!! quiere usted callar?

PABLO. Te he escrito yo cartas?

JULIANA. Anda! pues bonito genio tiene Manolo para que me escriban á mí!

ADELA. Cómo se explica entónces que mi padre haya encontrado una carta en la que mi primo te escribe que quiere casarse contigo para las primeras yerbas de marzo!

JULIANA. Anda, Salero! pues cómo yerba yo por si acaso? Vaya que la ha tomao conmigo su padre de usté. Aquí no hay más carta que la que me dió el señorito don Pablo esta mañana para usted.

PABLO. Y en dónde está esa carta?

JULIANA. En el canastillo de la costura la puse.

ADELA. Pues busquemos el canastillo.

JULIANA. Quiá! Se lo he visto guardar al amo dentro el arca de hierro.

ADELA. Imposible, con el dinero!

JULIANA. Pues con los papeles guardó media libra de manteca de Flandes que traje ese otro dia para el chocolate.

ESCENA XVII.

DICHOS, D. BLAS, muy agitado.

BLAS. Rosendo, Rosendo... dónde está mi amigo Rosendo?

ADELA. Qué sucede, señor don Blas?

BLAS. Vengo á darle una mala noticia; su agente de negocios ha huido con cuantos fondos tenia en su casa.

ADELA. Ay! Dios mio! estamos perdidos.

BLAS. Usted cree que mi amigo Rosendo?...

ADELA. Acaba de llevarle una cesta de billetes de banco.

PABLO. Eso ha dicho al ménos.

BLAS. Pues entónces yo tambien estoy arruinado. Le dejé diez mil duros al marcharme á Navalcarnero, y es tan distraido, que se los habrá llevado á su agente creyendo que me los llevaba á mí.

PABLO. Tal vez se asusta usted sin razon.

BLAS. Su tio de usted es capaz de todo. Qué va á ser de mí cuando la sociedad se entere del desfalco!

PABLO. Abramos esta maldita caja y salgamos de dudas. (Tomando una llave de sobre la mesa de despacho.) Aquí está la llave.

BLAS. Venga.

JULIANA. Pero si dice el amo que está cerrada con el nombre de un animal muy revesado, y yo no me acuerdo...

BLAS. Es verdád. Mira, trae el martillo, el asador, las tenazas, cuanto encuentres. (Juliana se va.) Y ustedes (Á Adela y á Pablo.) vayan recordando todos los bichos de la creacion, á ver si damos con el que hace falta.

PABLO. Sapo, rana, hormiga, megaterio.

ADELA. Mosquito, salamandra, toro, rinoceronte.

BLAS. Nada, nada.

JULIANA. Tome usted el martillo.

BLAS. (Golpeando.) Dios quiera que salte.

ESCENA XVIII.

DICHOS, D. ROSENDO, que entra, muy preocupado.

ROS. Ladrones en mi casa. ¡Miserable! (Dando un palo á Blas, que está de rodillas.)

BLAS. Avestruz!

ROS. Ay! Blas, dispénsame; no te habia conocido!

BLAS. Despues de treinta años de amistad!

ROS. Hombre! venia distraido.

BLAS. Pues cada distraccion tuya me cuesta dos docenas de sanguijuelas. Me has puesto la espalda como un higo de Fraga.

ROS. Ese pícaro agente ha tenido la culpa. Ha huïdo...

ADELA. Con nuestros fondos?

ROS. Con los nuestros, no.

BLAS. Con los mios entónces. Ay! sosténganme ustedes; me pongo muy malo.

JULIANA. (Deteniéndole.) Ay! que se muere.

ROS. Pues hace muy mal en morirse, porque por una distraccion mia solo he llevado al tal agente dos libras de albaricoques de Toledo que me habia pedido mi hermana.

ADELA. Feliz equivocacion.

BLAS. Desde hoy voy á comer albaricoques á todas horas. Dame corriendo mi dinero.

ROS. Ardo en deseos de que te lo lleves.

PABLO. Y yo en deseos de probar á usted y á mi prima, que jamás he tenido relaciones con Juliana.

ESCENA XIX.

DICHOS, MANOLO, que sale tomando una taza de café, y que oye lo que dice Pablo.

MANOLO. (Dejando la taza.) Que ha tenio osté relaiciones con esta? (Volviéndose á Juliana.) Grandísima veleta, conque antes era con el señó y ahora es con el señorito!!

JULIANA. Solo faltabas tú. Quién cree?...

ROS. No lo dudes, jóven postillon; (Indicando la caja.) aquí tengo una carta firmada por mi sobrino que no deja la menor duda.

MANOLO. (Alzándose las boca mangas.) Pus sáquela osté, que va á haber aquí más guisopasos que en un intierro.

PABLO. Qué significa! (Dando un paso hácia Manolo.)

ADELA. Pablo!

JULIANA. Manolo!

MANOLO. Quita allá, oveja sin senserro.

BLAS. Señores... señores... dejen ustedes que me den mi dinero. (Á Rosendo.) Pero, hombre, por San Juan Capistrano, se abre ese arca ó no?!

ROS. Déjame en paz; ya se me ha vuelto á olvidar la palabra...

BLAS. (Tomando el martillo.) Voy á desmoronarla.

MANOLO. (Á D. Rosendo.) Sigüeña, señó, sigüeña.

ROS. Es verdad... me salvas por segunda vez. Ci-gü-eña. (Abre.) Toma tus billetes.

BLAS. (Tomando un paquete de billetes.) Antes me empluman que volver á confiar dinero á nadie.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ménos D. BLAS.

ROS. Vamos saliendo de cuidados. (Saca la canastilla de la costura y la pone sobre la mesa.) Aquí está el famoso canastillo de la costura, y dentro de él la prueba terminante de

que has faltado á tu palabra.

ADELA. (Sacando dos cartas del canastillo.) Hay dos cartas, papá.

ROS. (Mirándolas é indicando una.) Pues lee esta, y verás si se engaña tu padre.

ADELA. (Leyendo.) «Juliana: la coronela ma plantao un par da»vanicasos por debajo de la titilla disquierda, que ma »partio; pero testoy quiriendo más que la candela.» (Tirando la carta sobre la mesa.) Pero qué significa esto?

ROS. (De buena fé.) Eso digo yo. ¡Qué significa esto?

MANOLO. Senifica que es la carta que he mandao escribí á Juliana ende Cuenca. Pus qué no lo ha diquelao osté señor on Rosendo?

PABLO. Qué horror! Suponer que pudiese yo escribir de ese modo!

ADELA. Por Dios, papá!

ROS. Pero, señor, si he visto yo la letra y la firma de Pablo.

ADELA. (Que ha abierto la segunda carta, y que se la presenta á su padre.) En esta otra carta en que mi primo habla de... de... (Bajando los ojos.)

ROS. (Mirando la carta.) De vuestro proyectado enlace. Ah! vamos, como las leí á un tiempo y tengo la desgracia de confundirlo todo... Perdona, sobrino, y haz cuenta que no he dicho nada.

PABLO. Ya lo suponia yo!

ROS. Mantengo mi palabra.

PABLO. Consiente usted definitivamente en nuestro enlace?

ROS. Sí, hijos mios; pues visto el mal estado de mi cabeza, que se marcha á todas horas por esos trigos de Dios, necesito un hombre de confianza que se ocupe de la casa.

MANOLO. Pus yo que sestablece la señorita doña Adela, no nus orvie osté á nusotros. Mizte que Juliana está mu mal sortera, y que yo ando perdio sin Juliana.

ROS. Tambien apruebo vuestra boda.

MANOLO. Asina... á secas, señó on Rosendo?

ROS. No; doto á Juliana, y si se me olvida...

MANOLO. No sapure osté por eso, señorito de mi arma, que soy

yo capaz de deprenderme de memoria toitito el armenaque y de nombrale á ozté todos los bichos de la creacion.

Ros. Entónces, nada os inquiete.

Adela. Qué está usted diciendo!
(Indicando al público.) Nada?

Ros. Es verdad, una palmada
que nuestra dicha complete.

FIN DE LA PIEZA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 20 *de Mayo de* 1868.

El Censor de Teatros,
Narciso S. Serra.

